

Bajo la tempestad

ANTONIO MENDOZA

En cierta ocasión un conocido actor cinematográfico narró para la sección cultural de un semanario, lo que le había ocurrido durante una estadía en Acapulco al acudir a filmar una película. Se había desatado una tempestad y como no amainaba, fue imposible iniciar el rodaje del filme. Mientras, en espera de que el tiempo cambiara, se dedicó a beber en lugares de mala muerte, con prostitutas y la clientela habitual de esos sitios. Después, pese a que la lluvia, la tempestad, por fin había cesado, entre las brumas del alcohol que lo obligaba a caer en el peor de los abandonos, veía que la lluvia aún inundaba las calles: por teléfono hablaba con su esposa y le decía que no podía aban-

donar el puerto porque no se iniciaba la filmación a causa de la intolerable lluvia; en una última comunicación hizo evidente su desesperación: sus compañeros habían regresado a México y él estaba solo mirando el fantasma de la lluvia caer.

El relato anterior, por la tensión de su ambiente, nos permite la entrada para hablar de una sensacional novela de José Agustín que lleva por título *Dos horas de sol*. El argumento del libro se desarrolla cuando dos de sus personajes, Tranquilo, editor de una revista gráfica de éxito, *La ventana indiscreta*, y su socio, conocido como el Nigromante, acuden al puerto de Acapulco para realizar un reportaje sobre las variadas condiciones de aquel centro turístico.

Al poco tiempo de haber llegado (dos horas), los efectos de un ciclón desatan una tempestad (la lluvia) que no cederá a lo largo de toda la novela. Su presencia será el trasfondo del escenario donde entran en juego las peripecias de estos dos habitantes de la Ciudad de México, y cuya grisácea manifestación desborda la atmósfera que trasmina el texto agustiniano.

La historia que el autor nos cuenta, usando como punto de arranque el reportaje que los dos amigos tienen la misión de realizar, coloca al lector frente a un mundo enrarecido, difícil, asfixiante, que caracteriza a la sociedad mexicana de hoy; es decir, se trata de un microcosmos que permite entender la realidad social y cultural de un país sumido en la miseria, con una historia detenida, sin tiempo, y que experimenta la decadencia de todos sus valores; una sociedad restringida por el complejo y sucio mecanismo de la política nacional (Lanugo Muñúzuri, presidente municipal del puerto es prototipo de la clase política

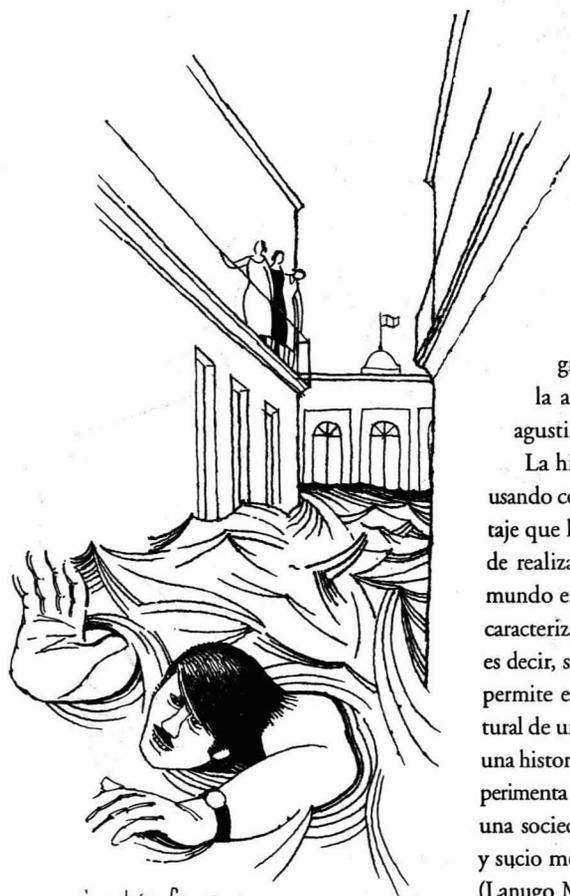
mexicana que consigue doctorados en universidades extranjeras para poder infiltrarse en los aparatos de Estado del país).

José Agustín utiliza inteligentemente el pretexto del reportaje que el Nigro y Tranquilo realizan, para penetrar abiertamente en esa sociedad portuaria, delimitada y en definitiva asociada con la "industria" del turismo y sus derivados (¿qué clase de país puede ser el que para sobrevivir tiene que prestar algunas de sus maravillas naturales?); y en la que la prostitución y los negocios relacionados con las drogas se arreglan por debajo de las mesas en los lujosos restaurantes y las famosas discotecas.

Por otra parte, los personajes de José Agustín también comparten la mecánica modernidad que caracteriza nuestra vida cotidiana: Tranquilo, el jefe, el director y dueño de la revista, así como su socio, el Nigromante, hombre culto, conocedor de alto nivel de la música popular moderna (que en esto nos recuerda al propio José Agustín), son personajes auténticos en su cinismo, sobre todo el primero, adaptados con perfección a una realidad en permanente estado de descomposición y enajenamiento. El segundo, pese a que en él se da como reacción a las circunstancias un regocijante sentido del humor, asimismo alardea de una actitud complaciente o a lo más sorprendida por lo que testimonia, pese a que en ocasiones sus reacciones sean severas y hasta críticas.

Capítulo aparte merece la relación de Tranquilo y el Nigro con dos turistas gringas marcada por una imposible comunicación verdadera, humana. En este asunto, José Agustín esgrime su talento y maestría narrativa para hacer sentir al lector como una pesada niebla, los obstáculos objetivos y subjetivos que impiden que estas cuatro criaturas rompan la cáscara cultural que los protege y separa. Es así que mientras la lluvia no cesa de caer, los personajes de *Dos horas de sol*, Tranquilo, el Nigromante, Livia y Phoebe, se desplazan en ese mundo atascado en su lepra buscando al sol que la tormenta interior y exterior les niega, se ven forzados a recluirse en espacios incómodos: atosigantes cuartos de hotel, restaurantes semivacíos o en la confortable cabina de un phantom rojo, propiedad del dueño de las tarjetas de crédito y la coca: el Tranquilo. ♦

José Agustín: *Dos horas de sol*, Seix Barral, México, 1995. 216 pp.



Antonio López Linares '95